



Populismo y política de clivajes: Propuesta de análisis en tiempos de crisis

[Populism and cleavage politics: Analysis proposal for times of crisis]

Claudio Riveros F. ¹ & Nicolás Selamé ²

¹Universidad de Talca; ²Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

En el último tiempo el concepto de populismo ha cobrado relevancia en la discusión académica. Esto, tanto por su empleo para catalogar a diversas emergencias políticas que remecen los sistemas de partidos, como por el debate que suscita la definición del término mismo. Con miras a una comprensión que no sólo desentrañe el fenómeno, sino que atienda también a sus condiciones de posibilidad, este artículo propone un diálogo entre la teoría de clivajes y el enfoque procesual del fenómeno populista. De esta forma, se plantea una suerte de imbricación analítica entre ambas teorías: mientras se dotaría a la teoría populista procesual de un marco comprensivo mayor capaz de compararse con otros tipos de articulaciones políticas, la teoría de clivajes se beneficiaría de la comprensión amplia de los procesos de rupturas y crisis hegemónicas.

Palabras clave: proceso populista, clivajes, crisis hegemónica, movimientos sociales, sistema de partidos.

Abstract

In recent times, the concept of populism has become an important subject of academic debate. This is due in part to use of the phenomenon to categorize a variety of political emergencies that have shaken party systems and has been compounded by debate surrounding the definition of the term itself. With a view to achieving an understanding that not only gets right to the heart of the issue but which also considers its potential, this article suggests dialogue between cleavage theory and the procedural approach to the populist phenomenon. As such, we propose an overlapping analysis of the two theories that would provide the procedural approach with a more comprehensive framework for comparison with other types of political structure, while complimenting cleavage theory with a broader understanding of processes of rupture and hegemonic crisis.

Keywords: populist process, cleavages, hegemonic crisis, social movements, party systems.

INTRODUCCIÓN

Como concepto, el populismo ha sido ampliamente referido para el estudio de diversas emergencias políticas, aunque muchas veces con gran vaguedad. Tal falencia se exagera en los intentos por hacer dialogar este problema con el de los clivajes políticos, dada la indeterminación con la que este concepto también se suele emplear. Los intentos de diálogo entre ambos han recurrido generalmente a reducciones discursivas o comunicacionales, facilitando la simbiosis, pero perdiendo su potencial comprensivo. Así lo muestran estudios en que los clivajes son comprendidos solo como divisiones temáticas a nivel político, sin trasfondo histórico y social (Stavrakakis & Katsambekis, 2019), y frente a los cuales el populismo dialogaría bien en tanto se entiende como un recurso retórico que contrapone a la élite con el pueblo (Mazzoleni, 2004). Pero desde esta aproximación, poco puede preguntarse por las causas, articulaciones y límites de los conflictos que estos estudios describen. Bornschieer (2010) persigue este diálogo en un estudio que sitúa a los clivajes políticos europeos en perspectiva histórica, material y social para comprender cómo estructuran las condiciones en

que actualmente emergen los populismos europeos. Aunque aborda rigurosamente el rol de los conflictos para determinar las posibilidades de las alternativas populistas, tiende a homologar el concepto de populismo con el de nuevas derechas emergentes. En consecuencia, lejos está de un diálogo sustantivo entre teoría de clivajes y populismos, al emplear este último concepto como una etiqueta derivada de la política contingente.

Consideramos entonces que el diálogo teórico entre estudios de clivajes y populismos es, si se nos permite, insuficiente. Aunque algunos análisis resultan muy valiosos, los conceptos empleados muestran serias limitaciones, mermando con ello sus posibilidades de una comprensión más honda de los problemas. En tal sentido, este artículo ofrece una revisión de los conceptos de clivaje y populismo atendiendo a las variantes y complejidades que ambos pueden exhibir, proponiendo una articulación en la que los fenómenos populistas podrían utilizar la teoría de clivajes como una herramienta teórica que permita explicar las condiciones que posibilitan la emergencia de este fenómeno.

CLIVAJES: UN JUEGO DE ESTRUCTURA Y AGENCIAS

Lipset y Rokkan (1983) acuñaron el concepto de clivaje para denominar los conflictos que generan divisiones entre grupos con intereses e ideologías contrapuestas. La dinámica de clivajes estaría explicada por ciertas premisas básicas: (a) tienen un fundamento estructural y los sujetos se ubican en

ellos por su posición de clase, geografía o religión; (b) surgen como tales cuando a la división estructural le sigue una división cultural-institucional de los grupos (Rokkan, 1977); y (c) la penetración de estas divisiones en el sistema de partidos depende tanto de su fuerza estructural, como de las alianzas y

estrategias desarrolladas por los grupos políticos dominantes (Lipset & Rokkan, 1983).

Posteriormente, la teoría de clivajes como marco analítico y sus empleos ha sido largamente discutida. El contrapunto más general proviene de la politología, que criticaría el “sociologicismo” de esta teoría, pues tendería a acotar al espacio social el origen de los conflictos de los sistemas de partido, olvidando que éstos contarían con capacidad de articular tensiones propias (Sartori, 1969). Esta crítica introduce un primer foco de los debates que tuvieron lugar entre los estudios de clivajes, que refiere a la importancia de cada dimensión estudiada originalmente por Lipset y Rokkan (1983) en la articulación de un clivaje. En cuanto a esto, la mejor tipología de las corrientes en debate pareciera ser aquella que las separa entre una “sociologicista”, que otorga primacía a la esfera social como fuente de conflicto; la “politicista”, que se lo adjudica a la política; y la vis-a-vis que supone que entre ambas dimensiones existe un mutuo condicionamiento que limita las posibilidades de agencia en cada una (Torcal & Mainwaring, 2003).

Sin embargo, la cuestión se vuelve más problemática considerando que no todos los casos de estudio de divisiones de partidos políticos contemplan necesariamente una base social cuya conflictiva compartimentación explique las diferencias partidarias. A este respecto, los casos de transiciones democráticas en América Latina (Scully & Valenzuela, 1993; Tironi & Agüero, 1999) o en Europa del Este con la caída de la Unión Soviética (Whitefield, 2002) plantean los más interesantes contrapuntos. De hecho, el debate se vuelve más engorroso en la medida en

que muchos trabajos, subsumiendo la discusión a la polaridad entre sociologicistas y politicistas (Torcal & Mainwaring, 2003), no distinguen entre sociedad y estructura, como sí lo hicieron Lipset y Rokkan (1983).

Subsanar la indistinción en que muchas veces sucumben sociedad y estructura en los estudios de clivajes, requiere primero abordar el problema de la estructura misma como determinante del fenómeno social. Este concepto entendido como un factor configurador del sujeto que antecede y supera su voluntad es principalmente sociológico. Su influjo en Lipset y Rokkan (1983) viene dado por las teorías estructural-funcionalistas, lo que ha acarreado importantes implicancias en el debate posterior (Garretón & Selamé, 2020). Si bien la politología tenderá a negar el rol de este factor en sus análisis de clivajes, en la sociología sigue siendo materia de debate. En lo referente a preferencias políticas, la cuestión central ha girado en torno la tesis de lo postmaterial, cuyos adherentes explicarían a partir de las diferencias culturales e identitarias, más que por la determinación estructural, las claves del alineamiento político (Inglehart, 1990). Ello colinda con las discusiones sobre los nuevos movimientos sociales como formas de acción en las que también se observaría una pérdida de relevancia de la esfera estructural (Habermas, 1981; Touraine, 2000), cuestión que, a su vez, será importante al introducir la idea de populismo.

Frente al cuestionamiento del papel de la estructura, puede plantearse que, si lo que se quiere proponer es una teoría de alcance medio capaz de analizar cada dinámica de conflicto político, desecharla



como factor explicativo no puede ser un punto de partida. Sin embargo, sí se debe considerar que, en diversas sociedades, especialmente del mundo desarrollado y en consonancia con algunos argumentos del postmaterialismo, ésta no necesariamente es modulada conscientemente entre los grupos cuyo comportamiento determina, como sugieren algunos casos de clivajes (Kriesi, 1998) y también de movilización social (Kriesi, 1989). En síntesis, puede pensarse que si bien muchos de los conflictos culturales, identitarios o valóricos que realza el postmaterialismo no representan una pugna estructural, la estructura sí puede influir sobre la forma y posibilidades de los sujetos para participar de ellas, siendo por ejemplo algunas posiciones más propensas que otras a esta clase de disputas. Aunque este último planteamiento logra rescatar la hipótesis estructural para el análisis de clivaje, debe atenderse al impacto que tiene sobre lo que antes se denominó compartimentación. En la medida en que reconocemos que la estructura social comienza a jugar un papel no modulado explícitamente en los conflictos, puede suponerse que dicha compartimentación no será en principio tan fuerte como la que dio lugar a los primeros clivajes: ejemplo de ello sería el cambio en las dinámicas organizacionales que generó la primacía del factor cultural en los nuevos movimientos sociales (Garretón & Selamé, en prensa). Tal vez por esto, diversa literatura acota hoy el estudio social de los clivajes a diferencias de opinión en la población (Huneus, 2003; Stavrakakis, 2019), sin atender a si se expresan en instituciones o agrupamientos relacionados.

Aunque al debilitamiento del factor estructural ha sobrevenido formas más laxas de división y

conflicto, existen también casos en que desde la misma esfera política se han impulsado intensas formas de compartimentación que, reforzando la tesis politicista, señalan la relevancia que ésta puede tener en la dinámica social (Enyedi, 2005). De excepciones como éstas se sigue la necesidad de plantear un esquema analítico de clivajes que, consciente de las tendencias generales que se experimentan, mantenga su apertura a dinámicas contraintuitivas dentro del panorama global. En esta línea, planteamos que un estudio de clivajes debiera partir de la presunción de que un conflicto político puede encontrar causas tanto a nivel estructural como social y que, por defecto, los análisis deberían considerar los tres niveles que Deegan-Krause (2006) propone: estructural, social y político.

Pareciera ser que esta integralidad resulta necesaria si lo que se busca es comprender diversos fenómenos que remecen los sistemas de partidos bajo lo que se ha calificado como emergencias populistas. En efecto, desde los estudios de clivajes pasando por estudios que tratan el populismo, han surgido aproximaciones que no solo reducen ambas problemáticas a la arena política, sino que a confrontaciones discursivas, muchas veces comunicativas y de tipo retórico que omiten las aristas de división y movilización social, condicionantes estructurales o pugnas por la inclusión política. En contraposición a ello, la teoría de clivajes puede hoy ser un mapa que aborde los diferentes flancos desde los que estos conflictos bipolares se clausuran o desatan, así como su puesta en perspectiva histórica.

Aunque este concepto de clivaje más próximo a su acepción clásica ciertamente integra al problema



discursivo, lo trasciende hasta lograr lo que podríamos llamar una teoría de alcance medio sobre la estructura y agencia de los conflictos políticos. Esto es, una teoría que no subsume las explicaciones del fenómeno político y sus dinámicas únicamente a sus determinantes estructurales o a la agencia de los actores involucrados (Archer, 2003). El aporte de esta propuesta es que,

aplicada al estudio de los populismos, podría mostrar las diferencias que existen entre fenómenos hasta ahora homologados a partir de sus meras similitudes discursivas, sin calibrar sus alcances y buscar las causas de su éxito o fracaso. A continuación, ubicaremos entonces el problema populista en la propuesta hasta aquí presentada.

EL POPULISMO EN PERSPECTIVA SOCIOHISTÓRICA

De forma similar a lo que sucede con los estudios de clivajes, los análisis del populismo oscilan también entre aproximaciones mínimo-discursivas y nociones que integran otras dimensiones a la definición del fenómeno. Sin embargo, la obra de Laclau (2005) pareciera ser un referente común entre estas interpretaciones. Si bien el autor centró su análisis en procesos de álgida movilización social, su teoría subsumió el problema al ámbito discursivo, el que consideraba constitutivo del fenómeno social. Así, el populismo se definiría como el acto discursivo de dividir antagónicamente a la sociedad entre una élite que detenta el poder y un pueblo que se construye a partir de la agregación de demandas mediante una cadena “equivalencial”, donde el líder jugaría el rol articulador y la estructura que le daría origen pasaría casi desapercibida.

Al promover demandas sociales postergadas y la identificación del pueblo con el gobierno populista, tal definición rescataba un carácter democratizador dotando al populismo de cierto valor sustantivo (Laclau & Mouffe, 2006), pero sin proponérselo estableció las bases para las definiciones ideacionales del populismo. Según

este último enfoque, el populismo se conformaría como una ideología débil, que se manifiesta discursivamente en una oposición entre un pueblo virtuoso y una élite corrupta, y que buscaría reemplazar a esta última en aras de la soberanía popular (Mudde & Rovira, 2019). Ciertamente, tal definición retoma elementos centrales de la teoría laclauniana y de hecho Hawkins y Rovira (2017), propugnan una estrecha cercanía formal con ésta, aunque no de carácter normativo. Así, por ejemplo, para los autores, el populismo puede manifestarse tanto en líderes políticos como en partidos, sin que importe tanto la existencia de una mayoría movilizadora: “el enfoque ideacional analíticamente separa la existencia de un lenguaje populista respecto a sus efectos sobre la política” (Hawkins & Rovira, 2017, p. 516). Pero al dejar de atribuir a la discursividad la plena “constitutividad” social, pareciera que la teoría ideacional resta centralidad al problema, despojándolo de varias de las implicancias que Laclau le otorgó.

Pareciera ser que el enfoque ideacional no distingue entre lo que podría ser un acto discursivo, de otro que sí proyecte un cambio

sustantivo en su intento de ser gobierno. Por ello, si se limita el populismo a un acto discursivo que opone al pueblo contra la élite, y en dicho discurso no se responsabiliza e identifica a los de arriba por el daño infringido a los de abajo, la teoría ideacional corre el riesgo de devenir en analizar simplemente discursos retóricos que pueden estar presentes, de una u otra forma, en diversos sistemas de partidos, líderes, pero sin explicar, en el fondo, por qué surgió ese discurso. Se confina así el problema a una serie de gradientes medidas empíricamente. Es tal vez por ello que en su propuesta, Hawkins y Rovira (2017) proponen estudiar las causas y consecuencias del populismo una vez que hayan sido identificados dichos discursos previamente catalogados de populistas. En consecuencia, en la teoría ideacional, se apunta al estudio de las microcondiciones y no las macrocondiciones que explicarían el surgimiento y desarrollo del fenómeno.

Dicho en simple, el enfoque ideacional arriesga reducir el populismo a su retórica, lo que dificulta la posibilidad de preguntarse por sus causas, condiciones de posibilidad o éxito, pero tampoco permitiría entender los conflictos sociohistóricos que atravesaron al populismo como fenómeno democratizador y modernizador, por ejemplo, en la América Latina del siglo XX (Germani, di Tella, & Ianni, 1973), o las nuevas formas de ordenamiento institucional que conlleva la llegada al poder de proyectos populistas (Ostiguy, 2014). Despojando al problema de todas estas disyuntivas, el enfoque ideacional, entonces, arriesgaría volver ahistórico el concepto. Es en este sentido que,

para retomar la especificidad histórica del populismo, proponemos abordarlo desde un enfoque procesual (Riveros, 2018a).

Tal enfoque concibe al populismo como un proceso sociohistórico en el cual grupos postergados del poder pugnan con sectores dominantes. Con ello, obliga por lo menos a caracterizar a los grupos involucrados, sus asimetrías de poder y los diferentes intereses que esgrimen. Esto implica que no puede existir populismo allí donde tales grupos no existan. Además, la definición procesual implica reconocer las diferencias sustantivas que en términos de proyecto político separan a ambos grupos, y que da sentido a esta pugna más allá del rechazo identitario de la élite, cosa que en ningún caso resultaría suficiente para hablar de populismo. En este sentido, se reconocen diferentes estadios en la articulación del populismo que permiten distinguir sus niveles de desarrollo en la impugnación del orden social. Tales estadios podrían dividirse entre momento, fenómeno y régimen (Riveros, 2018b).

En primer lugar, la idea de momento remite a una ruptura dentro del statu quo. Tal ruptura consiste en una pérdida radical de legitimidad por parte del grupo dominante y su orden, contra el que antagonizará un pueblo agrupado en torno a demandas heterogéneas y postergadas. En esto, cabe apoyarse en lo que Gramsci (1975|2000) denominó una crisis hegemónica: el socavamiento de la legitimidad de los grupos imperantes, cuyo orden ya no suscita consenso entre los subordinados. El estudio del populismo, por tanto, implica el estudio de las condiciones históricas que lo generan. A su vez, requiere

atender a las cuestiones que frustran las articulaciones populistas capaces de impugnar el orden establecido, dado que en ningún caso dichas articulaciones suceden inexorablemente al estadio del momento.

El fenómeno populista sería un estadio ulterior en el que la crisis hegemónica se expresaría mediante una articulación discursiva. Ello, en tanto los grupos subordinados, conformando un pueblo, subsumen sus demandas bajo un significativo vacío capaz de contenerlas y un líder que las represente. En lo que refiere al orden democrático-liberal, tal identidad común interrumpiría la forma establecida de gobernanza que supone la diferencia dentro del pueblo, oponiéndole una unidad improcesable para sus términos. Sin embargo –y aquí la paradoja del populismo– permite o al menos pugna por la representación de grupos ignorados por el orden democrático.

Por último, el estadio de régimen, más excepcional en la historia, se refiere a la llegada al poder de movimientos populistas: su institucionalización. Para Laclau (2005), un gobierno de tipo populista era una forma de democratización política en tanto los intereses del pueblo se identificaban con el nuevo orden lo que, dadas las tensiones que la identidad populista genera en el ordenamiento liberal, da pie a nuevos dilemas relativos al modo en que el Estado lidia con las libertades individuales, las diferencias entre individuos y el pueblo como entidad colectiva (Ostiguy, 2014).

Como se observa, esta aproximación al populismo implica distinguir entre diversos agentes, estadios de desarrollo y, especialmente, niveles de análisis del problema. Aunque ni en la noción procesual

del populismo ni mucho menos en la ideacional existe una clara delimitación entre niveles políticos y sociales, la primera sí permitiría comprender la tensión entre ambas esferas; esto es, la articulación de un pueblo, la figura de un líder y la llegada al poder. En este sentido, la interpretación de estos dilemas a la luz de la teoría de clivajes nos permitirá incorporar nuevas distinciones dentro de la teoría procesual del populismo, al tiempo que otorgarle, quizás, un marco teórico más amplio en el que pueda inscribirse con mayor atención a los factores que determinan y limitan el fenómeno.

Hacia un populismo multinivel

El concepto de clivaje puede resumirse como un mapa, generalmente en términos bipolares, de los actores colectivos sociales y políticos de un país. Éste consideraba las articulaciones que a nivel estructural, social y político producían los conflictos o alineaciones en un país. En lo que se refiere a los aportes que el mapa puede contribuir al populismo, en primer lugar, debe señalarse el rol de la estructura y la agencia política. Ello, en sintonía con lo que denominamos un enfoque vis-a-vis. Respecto de las determinantes estructurales, en sus primeros trabajos, Lipset y Rokkan (1983) pusieron énfasis en la capacidad para generar grupos sociales con culturas distintivas que originaran conflictos sociales, y su eventual escalada al ámbito político. Ciertamente esto es un fenómeno muy general que excede al de una articulación populista, pero a grandes rasgos puede contenerla si se considera el origen estructural que tienen las crisis hegemónicas que les dan



origen, así como las exclusiones políticas en torno a las que se fragua el populismo.

Al mismo tiempo, la dimensión política de los clivajes también conserva una capacidad de agencia explicativa de lo que puede ser una articulación populista. Así, un régimen liberal-democrático y su élite política pueden procesar parcialmente demandas sociales que permitirán una constitución populista futura, fortaleciendo su identidad tanto desde la exclusión como desde la emergencia de un líder populista. En este sentido, una importante tesis del trabajo de Riveros (2018a) remite a cómo el sistema de partidos chilenos durante el siglo XX logró un procesamiento diferenciado de demandas que sucesivamente frustraba una articulación populista, ello a pesar de que vastos sectores y sus reivindicaciones eran incorporados ex professo y a cuenta gotas al proceso democrático. Respecto a esto, existen paralelos evidentes con las estrategias de resistencia elitaria que desde un enfoque de clivaje describen Lipset y Rokkan (1983) en la Europa decimonónica. Ahí los autores muestran cómo las élites políticas intentaban tejer alianzas a pesar de las dicotomías que las enfrentaban en el ámbito partidario, y con ello hacer frente a movimientos que pugnaban por insertarse en la esfera política introduciendo nuevas dicotomías ideológicas. Se entiende así que la prevalencia de un clivaje no es sólo una forma de conflicto, sino también de orden, y que lo que Lipset y Rokkan (1983) analizan como conflictos entre grupos emergentes y élites parecieran ser en buena medida crisis hegemónicas.

En el panorama descrito, se entiende que el pueblo populista se constituye en el nivel intermedio del mapa de clivajes: social y/o institucional. En cuanto

a esto, la homogeneidad del pueblo y los vínculos que sostendría con un líder, bien pueden encontrar un paralelo en las estrategias de compartimentación analizadas por Lipset y Rokkan (1983). De cierta forma, esto reviraría los vínculos más sólidos y conflictos más álgidos que puede alcanzar un clivaje, y que buena parte de la teoría posterior relativizó al estudiar casos que no presentaban tales rasgos, sino otros más próximos al auge de los nuevos movimientos sociales (Touraine, 2000).

Esto lleva a preguntarse por el rol de la agencia política en la articulación del fenómeno populista, que le correspondería al líder, quien puede provenir tanto desde el ámbito social como político para articular lo que, en diálogo con la teoría de clivajes, llamaríamos la compartimentación del pueblo. Y con ello parecíamos encontrar una piedra de tope a este diálogo, la que paradójicamente le otorga también su pertinencia. Esto, porque cuesta por ahora vislumbrar los límites que el imperio de una dinámica de clivajes políticos impone a la articulación de un pueblo (por lo tanto, de un fenómeno populista) y, por otra parte, los efectos que la radicalización de este fenómeno puede tener sobre los clivajes previamente imperantes. Tales elementos parecieran delimitar la especificidad de cada uno de los conceptos por varias razones. La idea de clivajes, si bien conecta verticalmente varios niveles del fenómeno social para comprender el conflicto político, considerando que cada nivel es expresión de lo que acontece en el otro, posiciona el conflicto entre facciones de un mismo nivel. En simple, el clivaje es una teoría del conflicto horizontal. En él, solo en momentos críticos de reestructuración del orden, se piensan confrontaciones entre diferentes niveles. Tal es el caso de los movimientos que pugnan



por insertarse en la esfera política e imponer nuevos conflictos. A la inversa, el populismo se centra en la disputa que se genera entre grupos postergados de la democracia o el ámbito político y los sectores dominantes que monopolizan tal esfera. Su centralidad entonces radica en la conflictividad vertical, pero, además, en la amenaza del orden imperante. Mientras la teoría de clivajes analiza o busca sistemas estables que se generan a partir de momentos críticos, los estudios populistas remiten, salvo en los casos en que se constituye un régimen populista, a las crisis mismas. La agudización del fenómeno populista, entonces, no solo cambia la ubicación del conflicto político

respecto de aquel que interesa a la teoría de clivajes, pues en caso de instaurarse como régimen populista cambia su contenido. El conflicto ya no se entendería como uno entre partes opuestas disputando la totalidad, sino como una parte (plebe) que reivindica su condición de totalidad (*populus*) y apuesta por la exclusión de la otra. Dada la excepcionalidad de esta situación, nos limitaremos en el cierre a vislumbrar las implicancias que el momento y el fenómeno populista tienen para el estudio de la política de clivajes actual

CONCLUSIONES

Al integrar el estudio del populismo, una investigación sobre clivajes debiera antes indagar respecto de la existencia de una crisis hegemónica. Según la teoría procesual, ésta es una condición previa para la generación de un momento populista, y sus causas (a nivel estructural, social y político) podrían ser identificadas analíticamente por la teoría de clivajes. Aunque el concepto de crisis hegemónica es al menos explícitamente ajeno a esta última, nos parece que no solo la teoría de clivajes cuenta con elementos para su abordaje, sino que muchas veces se ha empleado para el estudio de dichas crisis sin necesariamente denominarlas así. Esta propuesta implica, entonces, ciertos cierres teóricos. En primer lugar, frente a la teoría ideacional del populismo, la que centraría el fenómeno a nivel de liderazgos y partidos políticos, difícilmente consideraría los ámbitos en que postulamos que

se expresan las crisis hegemónicas y las articulaciones populistas. Y en tanto, la teoría laclauniana, la que sí podría estar en condiciones de integrar cuestiones de tipo estructural, las subsume en un todo discursivo donde la diferencia analítica planteada se disuelve y con ella también el estudio de causas y condiciones de posibilidad.

Lo central al analizar la convivencia entre clivajes y populismo sería determinar si el factor generador de identidad al interior de una sociedad se encuentra mayormente dado por la diferencia ideológica entre grupos sociales, cuestión propia de un clivaje, o frente al conflicto del pueblo contra la élite política, como en el populismo. Pero en este caso se debería estar atentos a no confundir clivajes con ejes de identificación. Al mismo tiempo, el factor partidista cobraría relevancia no solo desde sus

tensiones internas (como suele interesar a los estudios de clivajes), sino en la medida que procesa o frustra demandas, aporta liderazgos y, con ello, alienta o frena las articulaciones de un pueblo populista. Esto, remarca la necesidad de contar con una teoría de clivajes que exceda el ámbito partidario y considere las dimensiones estructurales y sociales que señalaban Lipset y Rokkan (1983). Pero he aquí el problema susceptible de futuras profundizaciones: mientras la teoría de clivajes observa la existencia de partes equivalentes en conflicto, el pueblo populista, por el contrario, se reivindicaría como un todo negativo de eventuales contrapartes, aunque siempre pugnando por una

lógica de la diferencia de significados. Si bien algunos autores han difuminado esta piedra de tope, propugnando clivajes populistas, difícilmente sería susceptible de gatillar el populismo una oposición entre bandos políticos como se suele concebir en la política de clivajes. En consecuencia, esa forma de homologar clivajes y populismo sin más nos parece un primer error que esta propuesta en ciernes, a pesar de los espacios grises que aún le reconocemos, espera erradicar. Esto, en tanto consideramos que la prolijidad conceptual debiera permitir auscultar con mayor claridad las crisis, eventualmente populistas, que atraviesan diversos sistemas de partidos.

REFERENCIAS

- Archer, M. (2003). *Structure, agency and the internal conversation*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Bornschieer, S. (2010). *Cleavage politics and the populist right: The new cultural conflict in Western Europe*. Filadelfia, PA: Temple University Press.
- Deegan-Krause, K. (2006). New dimensions of political cleavage. En R. Dalton, & H. D. Klingemann (Eds.), *Oxford Handbook of Political Behaviour* (pp. 616-635). Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- Enyedi, Z. (2005). The role of agency in cleavage formation. *European Journal of Political Research*, 44(5), 697-720. doi: 10.1111/j.1475-6765.2005.00244.x
- Garretón, M. A., & Selamé, N. (2020). Social structure. In D. Berg-Schlosser, B. Badie, & L. Morlino (Eds.), *The Sage handbook of political science* (pp. 674-692). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Garretón, M. A., & Selamé, N. (en prensa). New social movements in Latin America and the changing socio-political matrix. En F. Rossi (Ed.), *The Oxford Handbook of Latin American Social Movements*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- Germani, G., di Tella, T., & Ianni, O. (1973). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México D.F.: Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1975 | 2000). *Cuadernos de la cárcel*. México D.F.: Ediciones Casa Juan Pablos.



- Habermas, J. (1981). New social movements. *Telos*, 49(1), 33-37. doi:10.3817/0981049033
- Hawkins, K., & Rovira, C. (2017). The ideational approach to populism. *Latin American Research Review*, 52(4), 513-528. doi: 10.25222/larr.85
- Huneus, C. (2003). *Chile, un país dividido: La actualidad del pasado*. Santiago, Chile: Editorial Catalonia.
- Inglehart, R. (1990). Values, ideology, and cognitive mobilization in new social movements. En D. Russell, & M. Kuechler (Eds.), *Challenging the political order: New social and political movements in western democracies* (pp. 43-66). Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- Kriesi, H. (1989). New social movements and the new class in the Netherlands. *American Journal of Sociology*, 94(5), 1078-1116. doi: 10.1086/229112
- Kriesi, H. (1998). The transformation of cleavage politics. *European Journal of Political Research*, 33(2), 165-185. doi: 10.1023/A:1006861430369
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2006). *Hegemonía y estrategia socialista*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lipset, S., & Rokkan, S. (1983). Cleavage structures, party systems and voter alignments. En P. Mair (Ed.), *The west European party system* (pp. 91-138). Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- Mazzoleni, O. (2004). Multi-level populism and centre-periphery cleavage in Switzerland: The case of the Lega dei Ticinesi. En Y. Mény, & D. Caramani (Eds.), *Challenges to consensual politics: Democracy, identity, and populist protest in the alpine region* (pp. 209-250). Bruselas, Bélgica: PIE Peter Lang.
- Mudde, C., & Rovira, C. (2019). *Populismo: Una breve introducción*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Ostiguy, P. (2014). Exceso, representación y fronteras cruzables: "Institucionalidad sucia", o la aporía del populismo en el poder. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 19(2), 345-375. Recuperado de <http://www.revistapostdata.com.ar>
- Riveros, C. (2018a). *El proceso populista: Momento, fenómeno, régimen*. Carolina del Norte: Editorial A Contracorriente.
- Riveros, C. (2018b). El proceso populista: Un aporte teórico al debate del fenómeno. *Izquierdas*, 38(1), 61-88. doi: 10.4067/S0718-50492018000100061
- Rokkan, S. (1977). Towards a generalized concept of verzuiling. *Political Studies*, 25(4), 563-570. doi: 10.1111/j.1467-9248.1977.tb00466.x
- Sartori, G. (1969). From the sociology of politics to political sociology. *Government and Opposition*, 4(2), 195-214. doi: 10.1111/j.1477-7053.1969.tb00173.x
- Scully, T., & Valenzuela, J. (1993). De la democracia a la democracia. *Estudios Públicos*, 51(1), 195-228. Recuperado de <http://www.cepchile.cl/>



Riveros, C., & Selamé, N. (2020). Populismo y políticas de clivaje: Propuesta de análisis en tiempos de crisis. *Revista de Sociología*, 35(2), 18-29. doi: 10.5354/0719-529X.2019. 58373

Stavrakakis, Y., & Katsambekis, G. (2019). The populism/anti-populism frontier and its mediation in crisis-ridden Greece: From discursive divide to emerging cleavage? *European Political Science*, 18(1), 37-52. doi: 10.1057/s41304-017-0138-3

Tironi, E., & Agüero, F. (1999). ¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno? *Estudios Públicos*, 74(1), 151-168. Recuperado de <http://www.cepchile.cl/>

Torcal, M., & Mainwaring, S. (2003). The political recrafting of social bases of party competition: Chile in the 1990s. *British*

Journal of Political Science, 33(2), 55-84. doi: 10.1017/S0007123403000036

Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Whitefield, S. (2002). Political cleavages and post-communist politics. *Annual Review of Political Science*, 5(1), 181-200. doi: 10.1146/annurev.polisci.5.112601.144242

Manuscrito recibido: 18-05-2020

Manuscrito aceptado: 10-08-2020